



«Tercera Semana de Ejercicios y pandemia»

Luis María García Domínguez

RESUMEN

La pandemia del Covid-19 ha supuesto una situación inesperada para toda la humanidad, como tiempo de amenaza y de muerte. En estas páginas queremos ver si puede venir alguna iluminación a esta situación desde la Tercera semana de los Ejercicios ignacianos. Esta semana nos enseña a tener una determinada disposición, resultado del proceso en las semanas anteriores; nos ofrece orar contemplando y dejándose interpelar por el misterio contemplado; y permite recibir un fruto escatológico, aunque no es tan cercano ni tan universal como quisieran nuestros parámetros inmediatistas de resultados constatables.

235

PALABRAS CLAVE: Tercera semana, Virus Covid-19, Contemplación, Cambio.

En estas páginas se revisa la Tercera semana de los Ejercicios en el contexto de una pandemia por el coronavirus Covid-19 que, cuando se redactan estas páginas (finales de mayo de 2020), y con más de seis millones de casos detectados, se ha cobrado ya la muerte de más de 370.000 personas (contabilizadas) en todo el mundo, con países especialmente afectados, por el número absoluto de fallecimientos (Estados Unidos, Reino Unido, Italia, Brasil, España) o por su alta proporción respecto al número de habitantes (Estados Unidos, Perú, Bélgica, España, Irlanda, Bielorrusia, Reino Unido, Italia...). Y todos los indicios señalan que estas cifras seguirán subiendo, pues ni hay constancia de que se hagan registros fiables en todos los países, ni existirán vacunas y tratamientos eficaces y disponibles de modo universal en un corto plazo de tiempo.

¿Pueden los Ejercicios ignacianos ayudarnos a vivir un poco mejor esta situación, que está teniendo unas repercusiones humanas y económicas de muy notables dimensiones? ¿Puede la espiritualidad ignaciana enseñarnos algo para el futuro? Lo intentamos en estas páginas recordan-

Luis María García Domínguez

do la propuesta ignaciana de la Tercera semana de los Ejercicios espirituales [Ej 190-217].

1. El contexto: la pandemia como muerte

Es evidente que la pandemia ha afectado la vida de la inmensa mayoría de los ciudadanos del mundo pues cada país (con éxito muy distinto) ha introducido restricciones muy severas para la movilidad de las personas, mediante confinamiento domiciliario, limitando severamente la capacidad de viajar y reunirse, lo que ha supuesto el cierre de muchos centros de trabajo y la imposibilidad de proseguir con actividades ordinarias en el comercio, la industria, el turismo, la cultura o el ocio. Estas restricciones afectan doblemente a quienes ocupan viviendas pequeñas y a quienes viven al día con un trabajo precario que no pueden desempeñar.

Pero todavía hay experiencias muy distintas, según circunstancias de lugares y personas, puesto que algunos, por su trabajo o situación familiar, han experimentado más de cerca el miedo al contagio, otros han vivido el contagio mismo de una enfermedad desconocida, o han padecido el fallecimiento de miembros de su familia, a veces personas mayores que no pudieron utilizar una cama de cuidados intensivos o un imprescindible respirador, por dejar esa posibilidad a personas con menos edad.

Con todo, en muchas personas se han sucedido, en variable secuencia, etapas de incredulidad y negación, desconcierto y atolondramiento, miedo al contagio y a la muerte, desconfianza de la capacidad de reacción social y sanitaria, desánimo y hastío por el confinamiento, y también rabia y rebelión contra quien sea... Algún estudio psicológico realizado en España en las primeras semanas de la pandemia señala la alta incidencia de la ansiedad (en un 51% de la población), y porcentajes elevados de estrés (40,9%) y reacciones depresivas (40%).

Pero también se despiertan, ante la pandemia y en el confinamiento, los mejores sentimientos de muchos: la paciente colaboración con las autoridades de la mayoría de la población, solidaridad efectiva con los cercanos y los lejanos, valoración social de trabajos imprescindibles y poco reconocidos, estima de la vida sencilla y de las tareas domésticas, ingenio para ocupar el tiempo propio y compartirlo con los más allegados, dedicación a la lectura, la música y la cultura. Y, por supuesto, han surgido muchas iniciativas pastorales y caritativas de numerosas instancias eclesiales, tanto en proyectos de las organizaciones y las instituciones como de los miembros particulares de la Iglesia, tanto sacerdotes, religiosos y religiosas, como laicos y laicas.

«Tercera Semana de Ejercicios y pandemia»

Interpretaciones y reacciones

Si la pandemia, en muchos sentidos, no supone la misma vivencia para todos, las interpretaciones y reflexiones que se hacen a propósito de ella llenan las páginas de los diarios y los comentarios en las redes. Si en las antiguas epidemias era utilizada muy frecuentemente la explicación religiosa (como castigo divino y/o como invitación a la conversión), en la actual situación se ofrecen otras reflexiones, de carácter más circunscrito o con pretensiones de interpretación global, sean estrictamente sanitarias, se refieran a las repercusiones económicas, intenten análisis sociales de largo alcance, o aventuren reflexiones antropológicas más o menos radicales.

Recordando de modo intuitivo estas reacciones, hemos podido ver la *negación* de la realidad de la pandemia, por algunas personas, grupos y hasta líderes importantes de algunas naciones desarrolladas; la *atribución conspirativa* a unos o a otros del origen intencionado del virus con el fin de debilitar a otros países o incluso a civilizaciones enteras; no han faltado tampoco tesis más *apocalípticas* o *revolucionarias* que presentan menos fundamento. Algunos han visto en esta enfermedad la *rebelión de una naturaleza* maltratada que reacciona de modo defensivo al abuso que sufre por parte de los humanos¹.

Con un sentido menos teórico y más utilitario, sabemos que no ha faltado la reacción de la *picardía* y la *delincuencia*, que se ha aprovechado del dolor y de la urgencia del momento para comerciar incluso con materiales sanitarios claramente inadecuados. En el otro extremo, numerosas personas particulares y organizaciones sociales, por inspiración religiosa o ética ciudadana, han querido responder al problema *ofreciéndose altruistamente* a colaborar con su preparación profesional o con sus medios, para reforzar la sanidad, apoyar a los profesionales más expuestos, facilitar la distribución de bienes a personas mayores, atender el servicio en comedores sociales y colaborar en otros muchos menesteres que aliviaran las situaciones más críticas.

¿Y qué *efectos* tendrá esta pandemia? En muchos surge la convicción de que después de este virus no seremos iguales, pues demasiadas cosas han cambiado en poco tiempo y aprenderemos mucho para la vida social y política, para la educación y la sanidad, para la vida familiar y de amistad, para valorar las cosas pequeñas y cotidianas que tenemos a la mano, para hacernos menos consumistas y más respetuosos con una naturaleza que ha reivindicado su potencia y su belleza cuando los humanos nos hemos quedado en casa.

¹ Una mentalidad que parece dar la vuelta a lo que se dice en el segundo ejercicio: «discurriendo por todas las criaturas, cómo me han dejado en vida y conservado en ella; [...] y los cielos, sol, luna, estrellas y elementos, frutos, aves, peces y animales; y la tierra, cómo no se ha abierto para sorberme, criando nuevos infiernos para siempre penar en ellos» [Ej 60].

Luis María García Domínguez

Con todo, en otros surge justamente la convicción contraria: que después de esta pandemia seremos tan irresponsables como antes, pues la humanidad aprende poco y tarde, como nos muestra la historia. Esta convicción se refuerza en algunos creyentes porque encuentran que el pecado original nos deja demasiado curvados hacia nosotros mismos, y cada uno tenderá a buscar en las nuevas coyunturas «su propio amor, querer e interés» [Ej 189], como siempre ha sucedido.

En este debate, y también buscando algún hueco en las páginas de los periódicos, aparecen las distintas miradas a esta *condición humana frágil* y expuesta, vulnerable y finita, que de vez en cuando se encuentra de bruces con los límites de su narcisismo original. Es la mirada que los Ejercicios nos traen en la Primera semana, reflejada en la tendencia de las criaturas a no reconocerse como tales y, por eso, a caer en la «crecida soberbia» [Ej 142], que es un pecado angélico [Ej 50], pero que comparte el ser humano frecuentemente, incluso cuando camina en la vida espiritual y se atribuye a sí mismo la consolación del buen espíritu, que siempre es un don de Dios [Ej 322]. ¿Podrá esta pandemia situar a la humanidad en el camino realista de la humildad, que es para san Ignacio una virtud «sólida y perfecta» [Co 813]?

238

En este panorama simplificado apuntado, la Tercera semana podría aportar elementos para adquirir una adecuada disposición personal, un modo implicado de orar y una acogida del fruto espiritual que trae la Pasión de Cristo.

2. Disponerse²

Cada ejercitante es un sujeto distinto, que entra en Ejercicios con su historia personal de contacto con el dolor, la enfermedad o la soledad y con la mentalidad que su entorno y él mismo han propiciado o han ido configurando.

Pero si cada ejercitante es distinto, al llegar a la Tercera semana viene de un proceso espiritual de las semanas anteriores, que es un recorrido necesario para vivir el dolor corporal, el sufrimiento psíquico y la muerte de Jesús. Desde la comprensión de su propio pecado a la luz del amor de Dios, que siempre reconcilia [Ej 53, 61], el ejercitante contempla a la Trinidad que mira al mundo doliente («unos sanos, otros enfermos») y al Señor Jesús que se ofrece a hacer redención [Ej 101-109]. Y quiere seguir e imitar al Señor que nace «en suma pobreza... para morir en cruz; y todo esto por mí» [Ej 116]. Un seguimiento que le convence de que éste es el

² A. QUIJANO, «Disposición», voz en GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Ed.), *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao Santander 2007², 645-649.

«Tercera Semana de Ejercicios y pandemia»

estilo cristiano de vivir, pues «tanto se aprovechará en todas cosas espirituales cuanto saliere de su propio amor, querer e interés» [Ej 189].

Por lo tanto, el recorrido y el fruto de los ejercicios anteriores prepara y dispone a vivir la Tercera semana al modo como Ignacio la propone. Y, por el contrario, no vivir la mística específica del seguimiento del Señor pobre y humillado de la Segunda semana hará difícil entrar en la experiencia de la Pasión con la actitud adecuada.

Parece, por lo mismo, que vivir la pandemia en clave de Tercera semana requiere a los cristianos insertarse en la dinámica cristiana de quien desea tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús, que se abajó hasta hacerse el último (ver *Filipenses 2,5-11*). Es un camino de seguimiento generoso y altruista, pero también humilde, que se reconoce en el servicio y la actividad, pero también en el sufrimiento y la pasividad. Esta disposición no es fácil para nadie, pues requiere experiencias sucesivas de aceptación de sí, de reconocimiento del propio pecado y una mirada a la «vida verdadera» que trae el estilo de vida del Señor en pobreza, humillación y humildad [Ej 139]. Este camino va transformando la disposición activa del que comienza los Ejercicios a ofrecerse, a trabajar y a cambiar [Ej 1, 213] en una disposición pasiva de dejarse hacer por Dios y dejarle que él disponga a su libre voluntad [Ej 15, 234].

239

3. Orar pidiendo

Además de la disposición adecuada, algunos rasgos del modo de orar propio de esta Tercera semana pueden ayudar a vivir esta pandemia y, por extensión, todo tipo de experiencia de enfermedad, flaqueza, debilidad, indisposición o vejez³.

El ejercitante pide dos cosas principales en la Tercera semana: experimentar unos *sentimientos* espirituales determinados, pero unos sentimientos suscitados por un contenido mental claro, por un *conocimiento* concreto. En efecto, se pide «dolor, sentimiento y confusión», y de nuevo «dolor... quebranto... lágrimas, pena interna»; y ello, «porque por mis pecados va el Señor a la pasión», y por «tanta pena que Cristo pasó por mí» [Ej 193, 203]. Se trata de sentimientos producidos por el sufrimiento humano de Jesús, pero también suscitados por la verdad salvífica que su sufrimiento significa («por mis pecados»).

El fruto de la oración se pide y acoge, pero no se alcanza ni se logra por uno mismo. Es un don que no siempre se recibe cuando uno lo desea, sino que lo con-

³ La «enfermedad» tiene 35 recurrencias en la *Concordancia ignaziana*, a las que se pueden añadir «enfermar» [3 veces], «enfermo» [19 veces]; esas expresiones tienen sentido físico y sanitario, pero también psíquico y espiritual.

Luis María García Domínguez

cede Dios cuando quiere y, generalmente, cuando el sujeto se dispone adecuadamente [según *Ej* 322] o, al menos, cuando no pone especiales impedimentos. La oración de petición es una oración cristiana y muy ignaciana, pues Ignacio hace pedir continuamente al ejercitante⁴, como él mismo hace en su vida⁵.

En tiempo de pandemia, de enfermedad generalizada o particular, parece muy ignaciano el orar y pedir por los difuntos y por los enfermos, por los que los cuidan y por quienes facilitan la vida de todos atendiendo servicios esenciales (tantas veces ocultados socialmente) en la sanidad, el comercio y la distribución, en cuidar el orden público y atender la cultura o la enseñanza.

4. Orar contemplando

En Tercera semana se emplea la *contemplación* como modo ordinario de orar. La contemplación implica mirar, imaginar y hacerse presente en una realidad fuera de uno mismo. El ejercitante sale de sí mismo para contemplar al Señor que va de Betania al Cenáculo [*Ej* 190], y de allí al huerto [*Ej* 200, 290], desde donde «es llevado» a la casa de Anás [*Ej* 291], y luego a la de Caifás [*Ej* 292], después ante Pilato [*Ej* 293], y de éste a Herodes, y de Herodes a Pilato de nuevo [*Ej* 294-295], «hasta ser puesto en cruz» [*Ej* 296] y posteriormente llevado al sepulcro [*Ej* 298]. Se trata de una contemplación que impide el ensimismamiento, pues pone en movimiento al ejercitante, ya que debe seguir a Jesús en su viacrucis (el de todo cristiano) si quiere conocer, imitar y seguir al Señor en su Pasión. Todo ello, mirando a Jesús y «trayendo en memoria frecuente los trabajos, fatigas y dolores de Cristo nuestro Señor» [*Ej* 206].

Quien vive en clave de Tercera semana se ha hecho ya «esclavito indigno» para servir a Jesús en sus necesidades [*Ej* 114] y sigue viendo al Señor presente en quien sufre cualquier dolencia, sea hambre, sed, desarraigo, cárcel o enfermedad (según *Mateo* 25,31-46). Por lo mismo, reacciona de alguna manera a cualquier persona afectada por la pandemia, enfermos y sanos, tratando de servir según sus posibilidades y de aliviar dolores físicos y psíquicos de todos los afectados, incluyendo la oferta de «servicios» espirituales. La contemplación de la Pasión le mueve y dispone al servicio de los que sufren, viendo el rostro de Cristo en los atribulados y reconociendo también en el camino de la cruz un misterioso camino de salvación para quien lo vive como el Señor.

⁴ En los Ejercicios se manda *pedir* a Dios con muchísima frecuencia [*Ej* 6, 16, 25, 43, 46, 54, 55, 63, 65, 91, 109, 139, 147, 152, 157, 168, 180, 199, 221, 233, 240, 241, 243, 257]. La petición es uno de los pasos de toda oración ignaciana, pues hay que *demandar* [*Ej* 48, 55, 65, 91, 104, 135, 139, 152, 193, 203, 221, 240]. También se puede *suplicar* [*Ej* 175] o *rogar* [*Ej* 283].

⁵ La oración particular de Ignacio está llena de peticiones, como se refleja en el *Diario espiritual* [*De* 35, 36, 42, 78, 80, 383]. También *suplica* [*De* 73, 78, 80], *ruega* y *suplica* [*De* 46, 74], o simplemente *ruega* [*Au* 37; *De* 6, 14, 46, 74, 136].

«Tercera Semana de Ejercicios y pandemia»

5. Un orar interpelado

La contemplación en Tercera semana no trata solamente de mirar hacia fuera y de experimentar fuertes emociones, sino que implica siempre *reflectir* y, muy específicamente en Tercera semana, también *considerar*.

En cada punto de la contemplación ignaciana siempre hay que *reflectir*⁶ para sacar algún provecho [*Ej* 193-194], de modo que la oración se refiera de alguna manera a la situación vital de la persona que ora y así llegue a transformar la vida concreta del ejercitante. Y eso se hace mirando a las personas, escuchando lo que hablan y observando lo que hacen. El *reflectir* puede llevarme a entenderme mejor a mí mismo a la vista de las personas de la pasión; o a comprender mejor mi entorno desde una perspectiva cristiana, en la que también hay dolor y sufrimiento; o puede moverme a cambiar de comportamiento, a imitar a alguno de los personajes que actúan en la Pasión o a responder de alguna manera a lo contemplado⁷.

El cristiano que «contempla» la pandemia y que pide por todos los afectados, también remite a su propia vida eso que contempla. Su vida no es ajena a lo que contempla, sino que puede (debe) dejarse interpelar de alguna manera. La realidad nos afecta siempre, y la realidad de las otras personas nos afecta doblemente, pues somos seres en relación, configurados antropológicamente por nuestra interacción con los demás. El dolor ajeno, la soledad que otros sufren, la muerte que afecta al difunto y a mucha gente de su entorno... son realidades que dicen algo a mi persona, aunque la «identificación» con esas realidades no conviene que sea inapropiada, como cuando nos implicamos tanto afectivamente que la distancia con el otro casi desaparece en una especie de fusión paralizante.

Pero en Tercera semana se propone otro modo de orar, que es «considerar»⁸. De hecho, la habitual contemplación ignaciana en tres puntos se completa en Tercera semana con otros tres puntos, que invitan al ejercitante explícitamente a *considerar*⁹, que es «una acción del entendimiento entre contemplativa y meditativa, no exenta también de un componente afectivo», que tiene que ver con el «ruminar» ignaciano [*Ej* 189], que es considerar despacio, pensar con reflexión y madurez alguna cosa.

⁶ Ver A. M^a CHÉRCOLES, «Reflectir», en *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, o.c., 1544-1546.

⁷ Aparece *reflectir* en *Ej* 106, 107, 108, 114-116, 123-124, 194, 234-237. Parece que Ignacio no la utiliza fuera de los Ejercicios.

⁸ J. GARCÍA DE CASTRO, «Consideración», en *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, o.c., 410-413.

⁹ *Considerar* aparece 47 veces a lo largo de todos los Ejercicios, y es distinto del meditar y contemplar [*Ej* 39]. «En definitiva, esta operación intelectual es la que más aparece en el texto ignaciano y la más propuesta como método de oración en los *Ejercicios*. Es la operación que con frecuencia concede operatividad y “eficacia” a los ejercicios de contemplación y meditación»: J. GARCÍA DE CASTRO, «Consideración», o.c., 413.

Luis María García Domínguez

En los ejercicios de la Tercera semana el *considerar* va creciendo en fuerza teológica y en implicación afectiva. Si el ejercitante considera que Cristo padece y quiere padecer, el ejercitante a su vez desea esforzarse en «doler, tristar y llorar, y así trabajando por los puntos que se siguen» de un modo explícitamente afectivo [Ej 195]. Si el ejercitante considera que la potencia de la divinidad se limita libremente sin defenderse ni reaccionar, y que esto lo hace por mis pecados, el ejercitante no podrá por menos de dejarse interpelar, pensando «qué debo yo hacer y padecer por él» [Ej 197] unido a esa pasividad redentora. De modo que el reflexionar y la consideración no solo suscitan afectos, sino que mueven a seguir e imitar al Señor en una vida (y en una pasión y en una muerte) como las suyas.

Se trata de la identificación del amor, de una imitación que no es mimetismo de unas conductas, sino estilo de entrega personal por amor y a ejemplo de Cristo. Así lo entendieron hombres y mujeres de todos los tiempos, que entregaron sus vidas (a veces de modo explícitamente martirial) como lo hizo Cristo. En la Tercera semana los ejercitantes concretan su seguimiento del Rey eterno, y experimentan que no basta con ofrecer voluntariamente «todas sus personas al trabajo», sino que antes o después el seguimiento implicará «oblaciones de mayor estima y mayor momento» y ofrecerse totalmente al Señor en «imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio» que puedan acaecerles, permitiéndolo Dios [Ej 97-98].

De modo que este «hacer y padecer» ignaciano encierra una sabiduría teológica, no necesariamente deducido por lógica humana, que parece inevitable en la actual condición de este mundo caído: nuestra *acción* cristiana en favor de otros, para ayudar a quitar algunos efectos del pecado, antes o después nos llevará a alguna *pasión*, como a Cristo le sucedió en su camino misterioso de redención del género humano por amor. Si al maestro le ha sucedido así, al discípulo no le puede suceder de muy distinta manera¹⁰.

De modo que, si la Tercera semana nos invita a «hacer y padecer» por Cristo, nos anima también a implicarnos en sentimientos y en acciones en favor de aquellos por quienes muere el Señor, y a soportar los padecimientos no buscados que puedan sobrevenirnos por esa implicación.

6. El fruto difícil de la Tercera semana: todavía no

El fruto que se pide y se puede recibir al contemplar la pasión de Cristo al modo ignaciano nos puede permitir entender y vivir la enfermedad,

¹⁰ Según *Juan*, 15,20: «un siervo no es más que su amo; si a mí me han perseguido, a vosotros os perseguirán». También en *1 Pedro* 2,21: «también Cristo padeció por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas»; ver también *1 Pedro* 3,17-18; 4,1-2.12.16.

«Tercera Semana de Ejercicios y pandemia»

incluso en modo de pandemia, con un cierto estilo cristiano. Pero esto no es siempre fácil, pues, ciertamente, hay muchas reacciones ante una situación de este tipo que no son tan claramente cristianas, como hay ciertos riesgos en el modo de vivir la Tercera semana de los Ejercicios.

Uno de los riesgos proviene de la ambivalencia del sufrimiento. El que contempla la Pasión de Cristo, lo mismo que quien contempla la enfermedad o el dolor de otros, puede caer en el *dolorismo*, entendiendo que solo con una identificación afectiva (sentir lo mismo) manifiesta su cercanía y humanidad. Una actitud que a veces responde al buen deseo de reaccionar ante la propia insensibilidad, pero que también puede impedir la elaboración racional de las situaciones de sufrimiento del otro y, con ello, la respuesta más adecuada a esas situaciones. De hecho, el sentirme afectado por el dolor ajeno no debería suscitar una respuesta meramente emocional, que no siempre refleja la mejor calidad de la empatía con la otra persona¹¹.

Otra situación que Ignacio sabe que puede suceder en Tercera semana es la de experimentar *escrúpulos* inadecuados, por lo que parece que sitúa en esta semana sus «notas para sentir y entender escrúpulos y suasionés del enemigo» [Ej 345-351]. Unas notas que distinguen entre varios tipos de escrúpulos, señalando el camino de la libertad espiritual en la respuesta vital de la vida cristiana frente a las tentaciones bajo apariencia de bien como son los escrúpulos del mal espíritu.

Estos escrúpulos del mal espíritu pueden acechar a la persona de buena voluntad en un contexto de pandemia, de enfermedad o dolor ajeno, y de la injusticia que toca más a otros que a uno mismo. Malestar interior, eventualmente amplificado por el confinamiento, por no sufrir como otros, por no acertar a responder adecuadamente a una crisis masiva, por no aceptar quizá la enfermedad o un posible fallecimiento con paz cristiana; o quizá escrúpulos por contagiar involuntariamente a otros como afectado asintomático; o por la impaciencia mostrada con ocasión del confinamiento, derivada en quejas con las personas del entorno más cercano o críticas desproporcionadas a los responsables políticos de turno. Por un lado, o por otro, cualquier cristiano que sufre alguno de los efectos de la enfermedad en su persona o en su entorno es muy probable que se desmoralice, pierda la paciencia, muestre descontento hacia otros y hasta pueda maldecir a los cielos. No es fácil en modo alguno llevar la cruz como la llevó nuestro Señor, ni siquiera como hizo el Cireneo (*Lucas 23,26*).

¹¹ La *empatía* no consiste en la fusión afectiva con la persona que tengo delante, ni la búsqueda en mi interior de sentimientos parecidos a los que me expresan. La empatía consiste en entender por dentro a la otra persona, en comprender la «lógica» de sus reacciones, la fuerza de sus sentimientos y de sus palabras. La empatía permite y facilita la reacción libre y madura ante el sufrimiento.

Luis María García Domínguez

Ignacio también invita en Tercera semana a «ordenarse en el comer» [Ej 210-217] y en tantas actividades absolutamente imprescindibles en la vida. Contemplando el drama de la Pasión, nos sitúa en lo concretísimo de la vida cotidiana; pero el ejercitante sabe que no es fácil responder cada día a este nuevo «orden» derivado de la contemplación creyente de la Cruz. Es otra fuente de dificultad para vivir el fruto de la semana cuando las grandes experiencias existenciales y espirituales no afectan tanto como desearíamos a nuestra vida cotidiana.

Y es que el fruto de la Pasión es un don que alcanza al que lo desea, lo pide y se deja configurar por ella. Pero eso es algo que sucede lentamente en esta vida para el cristiano que se dispone adecuadamente y que tiene un cumplimiento solo escatológico para toda la humanidad. El fruto de la Pasión, y el de la Tercera semana, parece no alcanzar históricamente a tantos.

Es claro que en la última cena «Jesús señala un sentido salvífico de su muerte y del conjunto de su vida, como entrega sacrificial por sus discípulos y por toda la humanidad». El servicio de Jesús le lleva al sacrificio de su vida que termina (recitando el salmo 22) como acto de abandono confiado en manos del Padre. «La espiritualidad de Jesús nos marca, entonces, un camino nada sencillo, como tampoco lo fue para Él [...]. Nos anima a unirnos a Dios en medio del sufrimiento, a que el sufrimiento no sea motivo para negar a Dios, porque es posible vivirlo unido en unión con Él, ofreciéndoselo como medio de reconciliación y perdón, al estilo de Jesús»¹².

Pero en la Tercera semana (y en la oración desde la pandemia) se vive el «todavía no» de la Pascua. La eficacia de la entrega de Jesús se manifiesta escatológicamente en su resurrección, de que solamente son testigos los discípulos y que creemos los cristianos por su testimonio. Pero en este tiempo del «todavía no» una gran parte de la humanidad no entiende el modo que tiene Jesús de vivir el sufrimiento y el dolor, ni le da el sentido que el Señor nos ofrece. Parece, pues, que la salvación «todavía no» ha llegado a todos, y esa situación nos deja a los cristianos en minoría sociológica, aunque con la misión de anunciar y testimoniar el modo como Jesús afronta su Pasión, que nos introduce de ese modo en el «ya sí» de la salvación escatológica.

7. El fruto posible de la Tercera semana: ya sí

La vivencia cristiana de la enfermedad y el sufrimiento quiere reproducir el estilo y los sentimientos que Jesús vivió a lo largo de su vida toda y

¹² G. URÍBARRI BILBAO, *La mística de Jesús. Desafío y propuesta*, Sal Terrae [Presencia teológica 252], Santander 2016, 225-260; las citas, en 235 y 246.

«Tercera Semana de Ejercicios y pandemia»

que culminaron en la Pasión. El camino no es fácil y el ideal de Jesús constituye un horizonte, no propiamente un modelo que es posible reproducir miméticamente. Vivir una vida como la suya ayuda a morir una muerte como la suya. Esa es la invitación que escucha todo cristiano en los evangelios y todo ejercitante en los Ejercicios espirituales.

Y creemos que muchos creyentes han vivido la enfermedad, el sufrimiento, la persecución y la muerte con ese horizonte, con un sentido profundo que admiramos y que les mantuvo, incluso ante la muerte, con una libertad total y una dignidad absolutas. Muchos mártires, antiguos y modernos, han vivido esa semejanza a Jesús. Muchas otras personas «confesaron» su fe ante los jueces a riesgo de perder los bienes y la vida, aunque no fueran martirizados hasta la muerte.

Benedicto XVI recordó en una ocasión la conversión de una mujer creyente, de tradición judía y corazón cristiano, que libremente afrontó la muerte con libertad por acompañar y servir a sus hermanos judíos perseguidos.

«Pienso también en la figura de Etty Hillesum, una joven neerlandesa de origen judío que morirá en Auschwitz. Inicialmente lejos de Dios, le descubre mirando profundamente dentro de ella misma [...]. En su vida dispersa e inquieta, encuentra a Dios precisamente en medio de la gran tragedia del siglo XX, la Shoah. Esta joven frágil e insatisfecha, transfigurada por la fe, se convierte en una mujer llena de amor y de paz interior, capaz de afirmar: “Vivo constantemente en intimidad con Dios”»¹³.

245

Realmente, Etty Hillesum¹⁴ muestra una personalidad rica y compleja. Empieza a describir en su diario sus propias polaridades como parte de su terapia personal, con lo que logra equilibrar su psiquismo sumamente sensible; pero, poco a poco, ella interpreta esa terapia como un camino hacia Dios¹⁵; se reconoce como «la chica que no sabía arrodillarse y que, aún así, lo aprendió...»¹⁶. Y Dios aparece incluso ante las amenazas de deportación a un campo de exterminio: «Corren malos tiempos, Dios mío... Ahora estoy comenzando a estar un poco más tranquila, mi Señor, por esta conversación contigo. Mantendré en un futuro próximo muchísimas más conversaciones contigo y de esta manera impediré que huyas de mí...»¹⁷.

Esta mujer muy humana hace un trabajo de despojamiento interior en medio de las restricciones y amenazas que se dictan contra los judíos: «Día a

¹³ BENEDICTO XVI, en la Audiencia general del 13 de febrero de 2013, Miércoles de Ceniza, cuando ya había renunciado al Pontificado.

¹⁴ ETTY HILLESUM, *Una vida conmovida. Diario 1941-1943*, edición de J. G. Gaalant, Anthropos, Barcelona 2007.

¹⁵ *Ibid.*, 169-170; escrito el 17 septiembre 1942.

¹⁶ *Ibid.*, o.c., 58; escrito el 22 noviembre 1941.

¹⁷ *Ibid.*, 142-143; escrito el 12 julio 1942.

Luis María García Domínguez

día desaparecen de mí más deseos, anhelos y lazos con otras personas. Estoy dispuesta a todo, me iré a cualquier lugar del mundo, adonde Dios me envíe, y estoy dispuesta a testificar, en cada situación y hasta la muerte, que la vida es hermosa, que tiene sentido y que no es culpa de Dios, sino nuestra, que todo haya llegado hasta este punto... Dentro de mí hay una confianza en Dios que al principio casi me daba miedo por su rápido crecimiento, pero que ahora me pertenece». Y con esta disposición acepta voluntariamente el sacrificio de su vida, entendiéndolo con un sentido muy cercano al expresado por el salmo que reza Jesús en la cruz, aunque ella no lo cita: «Fieles del Señor, alabadlo... porque no ha sentido desprecio ni repugnancia hacia el pobre desgraciado; no le ha escondido su rostro; cuando pidió auxilio, lo escuchó» (*Salmo 22,24-25*).

A ningún creyente se nos ha ahorrado procesar interiormente esta inesperada situación de la pandemia, todavía muy alejada del horror de las víctimas de la *Shoah*. Como ejemplo nos pueden servir algunas propuestas del Papa Francisco en mitad del confinamiento. El Papa invita a todas las personas de buena voluntad a colaborar para que no «nos golpee un virus todavía peor: el del egoísmo indiferente»¹⁸. Y con ese ánimo recorre los retos de toda la humanidad pidiendo la justicia que afecta a la salud de todos, a las relaciones humanas y entre estados, y al cuidado de la casa común, invitando a repensar el actual sistema social y político en un mundo irreversiblemente interconectado y globalizado.

Pero el Papa también nos recuerda que «abrazar su Cruz es animarse a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que solo el Espíritu es capaz de suscitar. Es animarse a motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad. En su Cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar»¹⁹.

Pero la cruz del Señor y de la humanidad se ha de ver a la luz de la Pascua, que le ofrece todo su sentido. Y «no se trata de una fórmula mágica que hace desaparecer los problemas. No, no es eso la resurrección de Cristo, sino la victoria del amor sobre la raíz del mal, una victoria que no “pasa por encima” del sufrimiento y la muerte, sino que los traspasa, abriendo un camino en el abismo, transformando el mal en bien, signo distintivo del poder de Dios»²⁰.

¹⁸ PAPA FRANCISCO, «El egoísmo, un virus todavía peor», homilía del II Domingo de Pascua, 19 abril 2020, en *La vida después de la pandemia*, Librería Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2020, 9.

¹⁹ PAPA FRANCISCO, «Mensaje *Urbi et orbi* durante el momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia», 27 marzo 2020, en *La vida después de la pandemia*, o.c., 25.

²⁰ PAPA FRANCISCO, «Mensaje *Urbi et orbi* en la Pascua 2020», 12 abril 2020, en *La vida después de la pandemia*, o.c., 29-30.